LA ESPERA

Chilo siempre lleva la delantera cuando van a la parte oscura. Tiene miedo, como cualquier chico de once años. Pero a él no le tiembla la mano si hay que disparar. Su tío era pescador y le enseñó a mantener el pulso firme sobre la tanza. Y a esperar.

Ahora que el río se fue, sale a cazar los bichos que quedaron. Le dicen que pierde el tiempo, que es inútil buscar algo vivo en esa parte de Bajada Grande. Hace mucho que las lagunas son colchones de camalotes secos y el río, un caldo barroso. Y cuando buscan el sol, encuentran un halo de luz escondido entre las nubes. El cielo siempre está encapotado como para llover, pero nunca cae agua.

Pili, su hermana más chica, lo acompaña obligada.
Va desganada. La cansa caminar tanto y para nada.
Lleva una honda en la mano, aunque los tiros le
salen chanfleados. Confía en que el rifle del Chilo dé
en el blanco, si es que alguna vez aparece algo.
Pasan por una casa abandonada. A Pili le da la sensa-
ción de que la gente tuvo que salir a los apurones,
dejar todo, irse con lo puesto.

Esta era la ladrillera, le cuenta Chilo a su hermana.
Ahí está la carretilla, los ladrillos. Ves ese horno, ves
ese montículo de tierra, le dice el chico y la nena
mira hacia donde señala el dedo.

¿Y a dónde están todos?
Se fueron, como papá y mamá.
La nena agacha la cabeza.

Pasan cerca de unos ceibos. Los troncos vociferan soni-
dos cavernosos. Pili se pega al cuerpo de su hermano.

Contame de cuando estaba río, lo que decía el tío.
El hermano se refriega la nariz y arrastra algunos
mocos en el antebrazo.

Antes, dice Chilo y pone una voz distinta a la suya,
había un río lleno de sábalos, pacúes y mandubés.
El agua entraba y formaba grandes lagunas. En las
lagunas ponían huevos los peces. Los pájaros los
acunaban con cantos y silbidos. Las ranas anuncia-
ban la lluvia y las tortugas festejaban sacando los
cogotes. Sobre la tierra andaban iguanas, víboras y
carpinchos. Los árboles tenían hojas verdes y se
abrazaban unos a otros, formaban túneles hacia el río.

Mientras su hermano recita casi de memoria, Pili
mira hacia las copas raquíticas, cubiertas de un
moho negro. Hace fuerza para escuchar los pájaros
del cuento, pero solo oye el crujido de los troncos,
un sonido ahuecado que retumba entre las plantas
muertas.

Al llegar a la laguna, el chico levanta el rifle de nuevo. Sobre el lecho sin agua ruedan matas espinosas movidas por un viento fétido. Gira el arma de izquierda a derecha. Nada, sólo el desierto que parece infinito.

Allá, dice Pilar.¿ Lo ves?
El hermano niega con la cabeza.
Algo se movió, dice la nena.

Chilo se mete a la laguna y el barro suena como si pisara papas fritas. Levanta el rifle de nuevo, pero no disparara.

Acá antes había plantas que parecían platos gigantes, pájaros de plumas rosadas y otros de plumas verdes que gritaban como chicos.

Los loros, dice Pili. El tío me mostró uno.

Los chicos se quedan hipnotizados frente a unos juncos petrificados. Pili los toca y se quiebran. Después retoman la marcha. La nena siente ruidos entre los pastizales. Mira hacia todas partes. Sabe que algo los persigue.

Ahí, dice de nuevo.

El hermano apunta hacia una rama de lapacho que se precipita entre otras. El tronco muerto cae en picada y arrastra partes del árbol. Nada. Continúan la marcha hacia el río. A medida que se acercan, el cielo se vuelve más oscuro. Ahora pisan arena fina. Sobre el polvo blanco permanecen aún las antiguas canoas de los pescadores. Algunas conservan sus formas, a otras se las comieron las dunas. El río es un conjunto de charcos dispersos como manchones de agua sobre una hoja.

Al acercarse a la costa, los envuelve un olor rancio y agrio.

Antes acá había un río lleno de peces, dice Chilo.

Pili se para en la orilla y pone las manos sobre las cejas para formar una visera. Lo único que alcanza a ver son las nubes grises que borran el horizonte. Más allá, todo es negro, como si hubiera llegado la noche. ¡Volvamos!, le dice al hermano.

A lo mejor aparece algo, contesta Chilo con la paciencia de un pescador.

Pili mete los pies en uno de los charcos podridos. Salta una y otra vez para hacer rabiar a su hermano.

Está entretenida cuando ve que se acerca algo. Es un chico o un bicho, no sabe bien. Camina con los brazos deformes, arqueados. La cara de pez dientuda avanza masticando el aire. Mueve la cola larga sobre el barro. La nena se agacha fascinada ante esa forma que emerge de la oscuridad. Chilo levanta el rifle. Apunta hacia el chico. Y cuando está por gatillar, aparecen más puntos blancos, más ojos sobre lo que antes era el río. Pili sonríe maravillada.

Hay más, dice.

Para cuando su hermano dispara, las iguanas humanas se lanzan sobre la nena. La arrastran hacia el desierto profundo. Pili grita, llora y patalea. Después todo vuelve a ser silencio. Chilo se queda parado en la orilla. El rifle le cuelga del hombro caído hacia un costado.

Cuento: **Mara Rodríguez**

cauce
CULTURA AMBIENTAL
CAUSA ECOLOGISTA